

## Capítulo 5

### Los discursos económicos

#### b) La escuela marxista

Carlos Marx (1818-1883) llevó a cabo lo que él mismo denominó una Crítica de la Economía Política, subtítulo igualmente de su principal obra teórica, *El Capital*. Al mismo tiempo que crítica de los discursos económicos constituidos, aquéllos que hemos descrito en el capítulo anterior como la escuela clásica, la Crítica de la Economía Política fue también crítica del orden capitalista, de la forma capitalista de organización de la producción, la distribución y el consumo. Es decir, crítica del discurso pero también crítica de la realidad.

Este esfuerzo teórico de Marx lo ubica como un *continuador* del pensamiento clásico, particularmente de Adam Smith, François Quesnay y David Ricardo, a quienes siempre presenta como los más altos exponentes de dicha corriente; pero, al mismo tiempo, lo ubica en un proceso de *ruptura* en tanto cuestiona abiertamente lo que él denomina inconsistencias, las lagunas y las debilidades del pensamiento clásico.

En principio, este autor cuestiona el concepto mismo de *riqueza* que, como vimos, era uno de los problemas claves para el surgimiento de la economía política como disciplina diferenciada. Para él una cosa es el contenido material de ella, esto es el conjunto de los valores de uso, de productos concretos con los cuales podemos satisfacer nuestras necesidades sociales y otra, muy distinta, la *forma social* que dicha riqueza adopta. En la sociedad capitalista, según Marx, la riqueza adopta la forma de valor de cambio, de dinero, un algo que, en principio, no tiene nada que ver con las *necesidades naturales* de los individuos ya que no satisface, de manera directa, ninguna de ellas. No nos vestimos con dinero, ni nos alimentamos con él, ni construimos nuestra vivienda con billetes. Mediatemente sí, pero no de manera directa con el dinero mismo ya

que éste no tiene valor de uso alguno sino que representa la posibilidad de adquirir todos los valores de uso.

Desde este punto de vista, el capitalismo es una forma de organización de la producción social que coloca como objetivo de ésta al valor de cambio, al dinero, y no a la satisfacción inmediata de las necesidades humanas. Los individuos van a producir no con el objetivo inmediato de satisfacer las necesidades sino con el objetivo expreso de ganar dinero, de incrementar sus valores de cambio. De este modo, para Marx, el capitalismo introduce en la historia humana, por vez primera, de manera general, la disociación entre producción y necesidades. Estas serán satisfechas siempre y cuando impliquen para quien produce una ganancia, un incremento de su dinero y de sus valores de cambio. El contenido de la riqueza se subordina así a la forma de la misma, el valor de uso se subordina al valor de cambio, la necesidad social a la ganancia. El ejemplo concreto de este triple proceso de subordinación lo encuentra Marx en el hecho que, en numerosas oportunidades, los capitalistas destruyen las cosechas para mantener el precio y en consecuencia las ganancias, sacrifican el contenido de la riqueza a la obtención de dinero como forma social de ésta. Sucede también que, a veces, no se producen productos necesarios por el simple hecho de que dicha producción no es rentable, no garantiza ganancia. Es decir, ésta se transforma en el motor fundamental, en el impulso vital de la producción bajo el capitalismo. Esta subordinación de la producción a la ganancia está en la base del conjunto de los argumentos críticos de Marx contra el pensamiento clásico y contra la realidad del capitalismo.

Adam Smith y David Ricardo habían aceptado esta subordinación de la producción a la ganancia, al dinero, de una manera natural. Es decir, para ellos este elemento era parte importante del «orden natural», era una de las tantas leyes naturales que regían el comportamiento de los individuos en sociedad. Decía Ricardo que: «De igual manera que el trabajador no puede vivir sin salarios, no pueden el granjero y el fabricante vivir sin utilidades. Sus motivos para acumular disminuirán con cada disminución en las ganancias, y llegarán al punto de detenerse, si las utilidades se sitúan a un nivel tan bajo que no les proporcionen una compensación adecuada...» (D. Ricardo, Principios de Economía Política y Tributación, pág. 94). Una ley natural y en consecuencia no discutible. Pues precisamente lo que hace Marx es poner en cuestión este punto de partida,

criticarlo tanto en los discursos clásicos como en la realidad misma.

Un segundo punto crítico fundamental en relación al pensamiento clásico es el *origen de la ganancia*, la fuente originaria del valor y del plusvalor. Marx definirá al trabajo humano como sustancia del valor, de manera similar a como lo había presentado Ricardo. El capitalista, según Marx, al pagar el salario a sus trabajadores compra con una magnitud fija y determinada (el nivel de salario) una magnitud elástica y variable que es la capacidad de trabajar. Lo que el capitalista compra es trabajo vivo, capacidad de trabajo, energía vital que crea valor y, sobre todo, que tiene la posibilidad de producir más valor del que originariamente se le abonó como salario, durante la jornada de trabajo, el trabajador crea el valor que se paga como salario y además crea plusvalor, un valor adicional, del cual se apropia el capitalista. Esto le permitirá a Marx señalar al capitalismo como sistema de explotación de la fuerza de trabajo por el capital.

Si relacionamos la crítica al concepto de riqueza con la crítica al origen de la ganancia nos encontramos con que el capitalismo es un sistema universal de producción de riqueza basado en la explotación de la fuerza de trabajo por el capital. Para Marx, la economía capitalista es una forma, una manera histórica y transitoria, de organizar el vínculo entre producción, distribución, circulación y consumo que tiene por objetivo la producción de riqueza como plusvalor y como mecanismo para realizarlo, la explotación del trabajo asalariado.

La producción de plusvalor reconoce dos formas características. Una se conoce como producción de plusvalía absoluta, y se origina bien en la prolongación de la jornada de trabajo, bien por un incremento del ritmo de trabajo.

La otra, conocida como plusvalía relativa, surge del acortamiento del tiempo que requiere el trabajador para crear el valor abonado bajo la forma de salario. Proviene de un aumento de la productividad social del trabajo (modificación de los instrumentos, de las herramientas, introducción de progreso técnico, etc.).

De acuerdo a lo que acabamos de exponer, en tanto el objetivo de la producción capitalista es el aumento incesante del plusvalor, el cambio constante en la productividad del trabajo se presenta como necesario para ampliar la posibilidad de la ganancia. Esto es, con una mayor productividad disminuye el costo laboral y se amplía el plusvalor producido, disminuye el trabajo necesario y se amplía el

trabajo excedente. Por ello, aunque parezca contradictorio, Marx afirma que en el capitalismo, el capital «... es constantemente revolucionario, derrriba todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales» (C. Marx, Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política, Tomo I, pág. 362).

Los cambios en la productividad del trabajo que el capitalismo impulsa, obligan a una modificación de las condiciones de producción. Cada vez más, los trabajadores son desplazados por la introducción de nuevas maquinarias que al mismo tiempo que producen más bienes requieren una menor cantidad de trabajo vivo. El resultado es que el capitalista se ve obligado, para mejorar sus posibilidades competitivas ante los demás-capitalistas, a destinar una parte mayor de su inversión a la compra de máquinas, instrumentos, herramientas y materias primas y a gastar una porción menor en fuerza de trabajo vivo. Los efectos de este mecanismo constituyen un problema para el capital en la medida en que resulta desplazada de la producción, la fuente misma del valor y del plusvalor, esto es, la capacidad viva de trabajo. Una menor cantidad de trabajadores puestos en movimiento implica, por un lado, el aumento de la explotación del trabajo y, por el otro, un incremento de la disputa competitiva entre los capitalistas.

Esta es una crítica importante de Marx. La búsqueda del plusvalor despliega situaciones de conflicto social entre capitalistas y trabajadores y dentro de la clase de los capitalistas. Frente a Ricardo, que admita la existencia del conflicto social sólo en el terreno de la distribución, Marx aparece ampliando los espacios sociales de la disputa a la producción, la circulación y aun el consumo.

Este mapa de situaciones de conflicto hace eclosión en los momentos de crisis, que para Marx no son sólo posibles sino inherentes al funcionamiento del capitalismo. En dichos momentos se paraliza la producción, cierran las fábricas, aumenta el desempleo, disminuye el consumo, cae la inversión, se reducen las posibilidades de ganancia. Las fábricas, las tierras cultivadas, los trabajadores, es decir, los requisitos materiales para producir valores de uso y satisfacer necesidades siguen existiendo como antes pero no se los usa porque no garantizan la rentabilidad suficiente, no son útiles para producir ganancia. Este es el problema decisivo: no sólo la necesi-

## Capítulo 6

### Los discursos económicos

dad social se subordina a la ganancia sino que la existencia de cada uno de los individuos queda sometida a su arbitrio. La producción se detiene no allí donde las necesidades son satisfechas, sino donde la rentabilidad no es suficiente.

Finalmente, la crítica que Marx dirige a las categorías y a la realidad del mercado y del estado, estará también fundamentada en la lógica de la ganancia. En el mercado la misma opera como elemento regulador de las conductas individuales de cada competidor obligándolo a defender su posición y motivándolo para mejorarla. Igualmente, el estado queda sometido, bajo condiciones capitalistas de producción, a esa misma lógica. El intervencionismo estatal se vuelve necesario para mantener el funcionamiento de la relación de explotación entre capitalistas y trabajadores y para controlar las disputas competitivas entre las diversas fracciones capitalistas. Es decir que, para Marx, el papel del estado se explica por la necesidad de articular las voluntades individuales y controlar los conflictos que amenazan la continuidad del sistema, representando siempre los intereses generales de los capitalistas.

A modo de conclusión, podemos decir que para Marx no existía un orden natural al cual los hombres tuvieran que someter sus prácticas individuales en la producción, distribución y consumo de los bienes. El orden capitalista como modo de organizar el proceso económico es un orden históricamente determinado y transitorio. La ganancia es sólo una forma histórica de organización de lo económico, que puede ser modificada por los mismos individuos que le dieron su origen y significado.

La crítica a la lógica de la ganancia es en sí la crítica al modo de producción capitalista. Como vemos las mismas condiciones históricas y los mismos problemas económicos que sirvieron para organizar el discurso de lo que denominamos economía política clásica, posibilitaron la concreción de su crítica.

#### c) La escuela neoclásica

El pensamiento neoclásico surge a partir de mediados del siglo XIX. Era un momento en el cual el capitalismo ya se encontraba afianzado como modo de producción dominante. Desde 1850, culminada la revolución industrial, el capitalismo conocía una expansión caracterizada por el maquinismo, las modificaciones tecnológicas, la expansión de los mercados, el movimiento internacional de capitales y de fuerza de trabajo. El capitalismo dejaba poco a poco de ser un fenómeno exclusivo del desarrollo de algunos países, para instalarse como la forma económica dominante para el conjunto de las naciones.

Esta corriente de pensamiento retoma elementos parciales de algunos autores clásicos pero se irá constituyendo como un cuerpo de pensamiento específico. Desde este punto de vista, con los neoclásicos maduran, esto es, se explican de manera más acabada, detallada y rigurosa, ciertos conceptos y nociones presentes en el análisis clásico como cuerpo fundante de la economía política. El principal, el más relevante, es el concepto de orden natural.

Mientras Marx asentaba su crítica sobre un rechazo de la unidad de producción y ganancia, afirmando que la ganancia era sólo una forma histórica no natural de organización de la vida económica de los individuos, los neoclásicos reconocieron al orden capitalista como una forma natural y la más apropiada para organizar los procesos de producción, distribución y consumo.

Respecto al marxismo, los neoclásicos se desarrollaron en forma paralela y siempre ignoraron su existencia como corriente explicativa de los fenómenos económicos. Frente a los clásicos se ubicarán como desarrollo y culminación teórica, como versión moderna y sistematizada de un pensamiento viejo y desorganizado. Poco a poco, el pensamiento neoclásico comenzó a ser la corriente económica dominante en los círculos académicos y en las universidades; igno-

rado el marxismo y avejentado el pensamiento clásico a pesar de toda su riqueza, el neoclasicismo apareció durante mucho tiempo como la ciencia económica, cuando en realidad no es más que uno de los discursos que intenta explicar lo económico.

De Say retomaron la noción de identidad de producción y consumo, es decir, que toda oferta tiene como contraparte necesaria su propia demanda. Construyeron así los modelos de equilibrio general y parcial. Para Leon Walras no sólo es posible el equilibrio como proceso de los sujetos económicos individuales participantes del acto de intercambio sino, sobre todo, el equilibrio del conjunto del sistema económico. En ese punto se da la igualdad entre las cantidades ofrecidas y demandadas para el conjunto del sistema y la igualdad entre los servicios productivos ofrecidos y la demanda de bienes para cada uno de los sujetos intervinientes. Es el punto en el que cada sujeto logra la máxima satisfacción y en consecuencia el sistema funciona en su nivel óptimo de eficiencia.

En el modelo de equilibrio general reaparece, en los neoclásicos, el concepto de «mano invisible» presente en el pensamiento de Adam Smith. Este autor afirmaba que en la medida en que cada individuo persigue y logra satisfacer su interés individual, se logra, al mismo tiempo, la satisfacción del interés general de la sociedad. Esta regulación, esta compatibilidad espontánea entre interés individual e interés general, se explica con la metáfora de una «mano invisible» que acomoda actitudes y orienta las voluntades en tal dirección que siempre se consigue, naturalmente, la satisfacción del conjunto.

De este modo, los neoclásicos sintetizan a Say y a Smith formulando, de una manera más acabada una proposición teórica fundamental: el mercado es el asignador óptimo de los recursos. Con el equilibrio general que Walras construye se concreta la noción genérica de orden natural: este autor razona sobre una economía cualquiera sea el orden institucional histórico en el que exista. El mercado resulta así concebido como la mejor forma, la única racional, de organizar la producción, la distribución y el consumo. Para esta corriente, todo lo que dificulte el funcionamiento natural del mismo, se presentará como impureza, como imperfección, como traba que impide el logro del equilibrio. El liberalismo de los clásicos, necesario en el momento que el capitalismo enfrentaba al

corporativo mundo feudal, se redefine ahora como único modo o exclusiva manera de producir, distribuir y consumir.

Con los neoclásicos reaparece también Jeremy Bentham, otro de los autores que formó parte del cuerpo clásico. Decía Bentham que «... En el curso general de la existencia, en todo corazón humano, el interés de la propia consideración predomina sobre todos los demás en conjunto... el sistema de economía que se construye sobre cualquier otra base, se edifica sobre una base falsa...» (J. Bentham, *Escritos Económicos*, pág. 13). El individuo aparecerá como el centro de toda la actividad económica y, con ello, se modificará paulatinamente el concepto mismo de riqueza que tendrá, a partir de los neoclásicos, una connotación absolutamente subjetiva. Ya no será la riqueza que durante tres siglos había tenido siempre una existencia objetiva, producto de la acumulación de tesoros en los mercantilistas, del trabajo agrícola en los fisiócratas o del trabajo general como en Ricardo. La riqueza se formula ahora como juicio que el individuo construye sobre la utilidad que tienen los bienes para satisfacer sus necesidades. La riqueza surge así de la evaluación individual, de cada uno de los sujetos frente a cada uno de los bienes. No tiene una cristalización objetiva ya que ahora habrá tantas riquezas como individuos, como evaluaciones posibles sobre el carácter útil de los bienes.

Con los neoclásicos el capitalismo deja de tener como objetivo la ganancia, deja de reconocer en ella su impulso vital, para pasar a ser un modo natural de satisfacer las necesidades individuales.

Este enfoque subjetivo e individual de la riqueza se complementa con dos condiciones que deben tener las cosas para que el individuo efectúe su proceso de evaluación: las cosas deben ser escasas y útiles. Será rico un individuo, no importa que sea un empresario capitalista o un obrero asalariado, un campesino indígena o un moderno terrateniente, siempre y cuando satisfaga sus necesidades a través de cosas útiles, utilizando recursos que por definición son escasos para cubrir necesidades que por definición son múltiples e inabarcables.

Los neoclásicos entienden por economía «... el estudio del comportamiento humano en cuanto relación entre finalidades y medios escasos que tienen fines alternativos...» (L. Robbins, *The Subject Matters of Economics*, pág. 6). Se perciben, en este concepto de economía, la reformulación del sentido de la riqueza, la

## Capítulo 7

### El circuito de producción

La decisión productiva de un empresario capitalista cualquiera supone *fases necesarias y prácticas orientadas* hacia resultados concretos. Cuando hablamos de fases necesarias queremos definir aquel conjunto de pasos sucesivos, relacionados entre sí como eslabones de una cadena, que son necesarios para que el empresario obtenga los resultados esperados. Así, no es posible ganar dinero antes de invertir, ni producir antes de haber realizado gestiones acordes -técnicas, financieras, comerciales- con el objetivo propuesto.

Estas fases, necesariamente presentes en todo proceso de producción, se realizan a través de individuos concretos con estrategias determinadas, y ponen en movimiento habilidades y capacidades subjetivas diferentes entre los empresarios capitalistas. Por ejemplo, de empresa a empresa es posible percibir diferencias en torno a problemas tales como capacidad organizativa, habilidades comerciales para la compra de materias primas e insumos y venta de productos terminados, manejos diferenciales de las políticas de propaganda y publicidad, etc.

En síntesis, la decisión productiva incluye *aspectos objetivos* e independientes de la voluntad empresaria y aspectos directamente relacionados con las características individuales de la empresa o empresario considerado, *aspectos subjetivos*; lógicas económicas invariables -las que llamamos fases necesarias- y despliegue diferencial de las capacidades y habilidades empresarias -las que denominamos prácticas orientadas-.

#### a) Las fases necesarias

Hay tres pasos imprescindibles en todo proceso de *inversión real* o productiva. El primer paso se resuelve en la compra o adquisición, por parte del empresario, de los elementos necesarios para llevar a

ubicación del individuo y de su comportamiento como objetos teóricos primordiales de la investigación y, sobre todo, el cambio de la orientación analítica del discurso económico.

Las clases sociales, los conflictos entre ellas por la distribución del producto producido, la riqueza como un dato objetivo -exterior y tangible-, la ganancia como forma de organizar la vida económica, preocupaciones que habían dominado gran parte del pensamiento clásico y aún del pensamiento marxista, desaparecen del escenario teórico de los discursos económicos.

#### Conclusiones

En la breve exposición que hicimos de clásicos, marxistas y neoclásicos, queda claro que de los primeros surgen dos discursos contrapuestos. Uno, el de Marx, que afirmará que el orden capitalista es sólo un orden histórico, transitorio. Otro, el pensamiento neoclásico, que reformula usando lenguaje matemático, la concepción del orden capitalista como orden natural. Las dos almas que subsistían dentro del cuerpo clásico -equilibrio y conflicto- se despliegan en discursos teóricos enfrentados.

Los clásicos seguirán siendo, durante el siglo XX, la fuente nutricia de las distintas elaboraciones teóricas. Milton Friedland, por ejemplo, reconocerá en David Hume, autor clásico, el antecedente teórico sobre la teoría cuantitativa de la moneda. John Maynard Keynes, otro destacado economista, recuperará, para el capitalismo del siglo XX la problemática de la demanda efectiva presente ya en Malthus. Los clásicos y particularmente Ricardo, aparecerán con fuerza en la obra teórica más importante de la segunda mitad del siglo, el trabajo de Piero Sraffa titulado *Producción de Mercancías por Medio de Mercancías*, que, por cierto, se constituirá en el principal baluarte teórico de la crítica dirigida al pensamiento neoclásico a partir de los años sesenta.

Clásicos, neoclásicos y marxistas seguirán siendo las tres formas principales de entender los problemas económicos.